

# EL CATÓLICO.

PERIÓDICO RELIGIOSO, CIENTIFICO, LITERARIO Y DE VARIEDADES.

REPÚBLICA DEL SALVADOR EN CENTRO-AMÉRICA.

AÑO IX—T. IX |

San Salvador, Domingo 14 de Abril de 1889

| S. XXXII—N. 379

REDACTOR Y EDITOR RESPONSABLE

**José Antonio Aguilar.**

AGENTE GENERAL

**Federico Prado.**

## ¡Semana Santa!

Cuatrocientos millones de católicos van á conmemorar en estos días, el hecho mas terrible y consolador que registran los fastos de la humanidad.

El Hijo Eterno de Dios, hecho hombre para salvar al hombre, ofrece á su Eterno Padre el sacrificio de su vida, en un patíbulo infamante, por la salvación de todo el mundo.

Por eso, todo cuanto la Iglesia ofrece á nuestra vista en la sagrada liturgia de estos días, es triste y lúgubre. En lugar de los alegres y armoniosos cánticos de nuestro culto, solo se dejan oír en el templo del Señor aquellas tristísimas lamentaciones, con que el Profeta Jeremías desahogaba su afligido corazón; los altares donde se ofrece ordinariamente la divina Víctima, despojados están de sus adornos; sus brillantes luces, apagadas y extinguidas, y todo en fin revelando el dolor y la consternación.

Justo es que en estos días, dejando á un lado las agitadas luchas de la vida, consagremos una palabra á la conmemoración de estos grandes misterios.

Infinitos males había causado el pecado en nuestra alma, en nuestro corazón y en nuestros sentidos. En nuestra alma, lanzándola por el camino del error y de la mentira; en nuestro corazón, infundiéndole el orgullo, la soberbia y el espíritu de independencia; en nuestros sentidos, queriendo semeter todo nuestro ser á su injusto y tiránico imperio.

Por eso Nuestro Señor Jesucristo al tomar sobre sí nuestras enfermedades, al cargar con nuestros pecados, expía y repara superabundantemente con su dolorosísima pasión estos grandes desórdenes y funestos extragos.

Expía y repara los efectos causados por el pecado en el alma, entregando su alma sacratísima á la mas amarga tristeza y á indecibles penas interiores desde el huerto de Gethsemaní; expía y repara el desorden del pecado en nuestros corazones, sufriendo con mansedumbre los oprobios, las ignominias y las burlas de los jueces, tribunos y soldados; expía y repara el desorden de los sentidos, por los indecibles y horrendos sufrimientos, entre los cuales muere en la cima del *Monte de los Cadáveres*.

Demos tregua, pues, en estos días á nuestros asuntos terrenos, á nuestras divisiones y á nuestras miserias, para agruparnos todos en torno de la cruz sacrosanta, patíbulo de Jesús y signo de nuestra reden-

ción, para Juntar y mezclar nuestras lágrimas con las lágrimas, ó por mejor decir, con la sangre del Hombre-Dios moribundo.

Hé ahí el grandioso y sublime objeto de los especiales cultos de estos días; objeto tan lleno de profundos misterios, que jamás podrán debidamente comprender ni la inteligencia humana ni la sabiduría angelical; sólo Dios puede apreciar dignamente los misterios de humildad y anonadamiento que ha realizado por nuestro amor.

Objeto, por otra parte impregnado de tan sublime ternura, que el escritor católico se siente más bien impulsado á la meditación y al silencio, que á la exposición de las inefables finezas del amante Jesús.

Sigamos con fé y con devoción los misterios que la Iglesia conmemora en estos días; y lloremos los sufrimientos de Jesús al rescatarnos de nuestros extravíos.

*La Semana Religiosa.*

## Redención.

I.

Violado por nuestros primeros padres el divino precepto del Paraíso, el hombre, la obra predilecta del Criador, destinado á participar de una suprema é imperecedera felicidad en la tierra y en el cielo, descendió de su trono de Rey para hacerse esclavo de Satanás; trocando así la vida por la muerte, y quedando inaccesible para la humanidad la herencia de su padre y de su Dios. El pecado empezó desde entonces á extender su influencia pavorosa en el mundo, sucediéndose los crímenes y las abominaciones, el dolor y las lágrimas, donde quiera que el linaje humano ponía su planta. El Señor hizo brillar de continuo sobre los mortales su bondad infinita, y airado lebanto también sobre ellos el brazo para castigarlos; pero tan luego como cesaba el azote de su justicia, tornaban á olvidar los sagrados preceptos y á entrar de nuevo en las sendas de la perdición y de la muerte.

Así pasaron más de cuarenta siglos.

En los eternos decretos estaba determinada la restauración de la humanidad, libertándola de las cadenas del infierno que la aprisionaban, y el Señor la había ofrecido en la consoladora promesa de que una mujer vencería, en la plenitud de los tiempos, el poder de la serpiente tentadora; más para que aquella se efectuase, había que satisfacer la justicia de Dios,

mediante la expiación del pecado; para lo cual no bastaría ya que corriese por el ara de los sacrificios la sangre de los becerros y de las ovejas, ni que se ofreciesen los mayores méritos de los hombres, con las incesantes lágrimas de su arrepentimiento. Se necesitaba una víctima superior á todo lo que en holocausto pudiera ofrecer el mundo al cielo; era preciso que el mismo Dios viniera á ofrecerse como reconciliador del hombre con su Hacedor, como hostia propiciatoria para rescatarlo. Tal era la magnitud del agravio, y tal el amor de Dios por la criatura que había formado á su imagen y semejanza.

El ofendido Señor deponía la espada vengadora, para enviar á los hombres la prenda de su amor inmenso. El Dios que en otro tiempo hizo descender su justa ira sobre la tierra, haciendo perecer á las criaturas en los abismos del diluvio, transformado en Dios de paz y de clemencia, venía ahora á prodigar su sangre y á morir por salvar la humanidad.

## II.

Era el día de Parasceve, pasado el medio día.

La naturaleza reposaba en una calma siniestra, cual si aguardase absorta y suspensa la consumación de algo extraordinario y terrible.

El sol con rayo vacilante teñía las desiertas cumbres de las montañas, y bañaba pálidamente los torreones y los muros de la ciudad sagrada.

En la cima de uno de los montes que la dominaban hacia el Occidente, se levantaban tres cruces, patíbulo afrentoso, destinado por los romanos en aquella época para los esclavos delincuentes. Dos criminales sufrían el terrible suplicio en las que estaban á los lados; en la del centro, un hombre de divino semblante, ensangrentado y desnudo, coronado de juncos marinos, cuyas espinas le penetraban el cráneo, la cabellera sangrienta y desgredada, los labios cárdenos y enjutos, pronunciaba entre congojas mortales, palabras de perdón para sus verdugos, de entrañable amor para la humanidad. Una turba insensata y poseída de inexplicable odio, insultaba su dolor y su agonía. La madre amorosa de esa nobilísima víctima, imagen viva de la fortaleza y del pesar, hacía parte de esa escena, la más cruenta y conmovedora que los siglos han presenciado.

Jesús, el esperado de las naciones y vaticinado por los Profetas, á quien poco antes se había visto acallar los tormentos, devolver la salud á los enfermos, y á los muertos dar vida, con sólo la eficacia de su palabra, era el que, cruelmente atormentado con los dolores acerbos de aquel bárbaro suplicio, expiraba, desamparo hasta de su mismo Padre, que dejaba derramar sobre su Hijo amado el caliz del supremo martirio por la redención del género humano.

## III.

Tres horas habían pasado sobre el Mártir divino.

A la tercera hora de la tarde el sol había velado su disco, cubriendo el cielo con ropaje de tinieblas; las montañas vacilaron estremecidas desde sus cimientos, el mar embravecido invadió sus riberas. . . . La naturaleza toda estaba en desorden.

El Salvador del mundo, encomendado su atribulado espíritu en manos del Eterno Padre, moría sobre el Calvario.

Las promesas hechas á los Patriarcas, las figuras que representaban á Jesucristo, y las profecías que lo habían anunciado estaban cumplidas.

La redención del hombre acababa de consumarse, y la noche de los pasados siglos empezaba á extinguirse ante la luz de una enseñanza divina, que mos-

traba á la humanidad extraviada y decadente *el camino, la verdad y la vida*; pero ¡á qué precio! El Verbo de Dios había tenido que descender hasta nuestra miseria, y padecer la muerte entre la ignominia, la desolación y el martirio!

El que cubre los campos de florida alfombra, y vistió el sol con la luz fulgente de sus ojos, no tuvo en aquella hora en que reclinar ni con qué cubrir sus miembros despedazados; el que hace correr el agua cristalina por lechos de mullida yerba, y refresca con el rocío del alba las rosas y los lirios, no encontró sino hiel para mojar sus labios moribundos; quien colmó de angélicos coros el empero para que le alabasen, y de astros el inmenso espacio para que le sirviesen de diadema, ciñó corona de agudas espinas, y murió desamparado en una yerma cumbre.



## DOMINGO DE RAMOS.

(SEGUN LA REVELACIÓN DE M. AGREDA.)

Llegado el día, que fué el que corresponde al de Ramos, salió Su Majestad con sus discípulos para Jerusalén, asistiéndole muchos ángeles que le alababan por verle tan enamorado de los hombres y solícito de su salud eterna. Y habiendo caminado dos leguas poco más ó menos, en llegando á Belfage, envió dos discípulos á la casa de un hombre poderoso que estaba cerca, y con su voluntad le trajeron dos jumentillos el uno, que nadie había usado ni subido en él. Nuestro Salvador caminó para Jerusalén, y los discípulos aderezaron con sus vestidos y capas al jumentillo y también la jumentilla; porque de entrambos se sirvió el Señor en este triunfo, conforme á las profecías de Isaías y Zacarías que muchos siglos antes dejaron escritas, para que no tuviesen ignorancia los sacerdotes y sábios de la ley.

Todos los cuatro Evangelistas sagrados escribieron también este maravilloso triunfo de Cristo y cuentan lo que fué visible y patente á los ojos de los circunstantes. Sucedió en el camino que los discípulos, y con ellos todo el pueblo, pequeños y grandes, aclamaron al Redentor por *verdadero Mestás, Hijo de David, Salvador del Mundo y Rey verdadero*. Unos decían: *Paz sea en el cielo y gloria en las alturas, bendito sea el que viene como Rey, en el nombre del Señor*; otros decían: *Hosanna Filio David; Salud al hijo de David, bendito sea el reino que ya ha venido de nuestro padre David*. Unos y otros cortaban palmas y ramos de los árboles en señal de triunfo y alegría, y con las vestiduras los arrojaban por el camino donde pasaba el nuevo Triunfador de las batallas, Cristo Nuestro Señor.

Todas estas obras y demostraciones de culto y admiración, que daban los hombres al Verbo divino humanado, manifestaban el poder de su divinidad; y más en la ocasión que sucedieron, cuando los sacerdotes y fariseos le aguardaban y buscaban para quitarle la vida en la mismac iudad. Porque, si no fueran movidos interiormente con su virtud divina por los milagros que había obrado, no fuera posible que tantos hombres juntos, muchos de ellos gentiles, y otros enemigos declarados, le aclamaran por verdadero Rey, Salvador y Mesías, y se rindieran á un hombre pobre, humilde y perseguido, y que no venía con aparato de armas ni potencia humana; no en carros triunfales, no en caballos soberbios y lleno de riquezas. A lo aparente todo le faltaba, y entraba en jumentillo humilde, y contentible para el fausto

y vanidad humana, fuera de su semblante, porque éste era grave, sereno y lleno de majestad, correspondiente á la dignidad culta; pero todo lo demás, era fuera y contra lo que el mundo aplaude y solemniza. Y así era manifiesta en los efectos la virtud divina, que movía con su fuerza y voluntad los corazones humanos, para que se rindiesen á su Criador y Reparador.

Pero á más de la conmoción universal, que se conoció en Jerusalén con la divina luz que envió el Señor á los corazones de todos para que conocieran á Nuestro Salvador, se extendió este triunfo á todas las criaturas, ó á muchas más capaces de razón, para que se cumpliese lo que el Padre eterno había prometido á su Unigénito, como queda dicho. Porque, al entrar Cristo Nuestro Salvador en Jerusalén, fué despachado el arcángel San Miguel á dar noticia de este misterio á los Santos Padres y Profetas del limbo; y junto con esto, tuvieron todos una visión particular de la entrada del Señor y de lo que en ella sucedía; y desde aquella caverna donde estaban reconocieron, confesaron y adoraron á Cristo Nuestro Maestro y Señor, por verdadero Dios y Redentor del mundo, y le hicieron nuevos cánticos de gloria y alabanza, por el admirable triunfo que recibía de la muerte, del pecado y del infierno.

Extendióse también el poder divino á mover los corazones de otros muchos vivientes en todo el mundo. Porque los que tenían fé ó noticia de Cristo Señor Nuestro, no sólo en Palestina y sus confines, sino en Egipto y otros reinos, fueron excitados y movidos para que en aquella hora, adorasen en espíritu á su Redentor y nuestro; como lo hicieron con especial júbilo de sus corazones, que les causó la visitación é influencia de la divina luz que para esto recibieron, aunque no conocieron expresamente la causa ni el fin de aquel movimiento. Mas no fué en vano para sus almas; porque los efectos las adelantaron mucho en el creer y obrar el bien.

Y para que el triunfo de la muerte que Nuestro Salvador ganaba en este suceso fuese más glorioso, ordenó el Altísimo que aquel día no tuviese fuerzas contra la vida de alguno de los mortales, y así no murió ninguno en el mundo aquel día; aunque naturalmente murieran muchos, si no lo impidiera el poder divino, para que en todo fuese admirable el triunfo.

A esta victoria de la muerte se siguió la del infierno, que fué más gloriosa, aunque más oculta. Porque al punto que comenzaron los hombres á invocar y aclamar á Cristo nuestro Maestro por Salvador y Rey que venía en el nombre del Señor, sintieron los demonios contra sí el poder de su diestra que los derribó á todos cuantos estaban en el mundo de sus lugares, y los arrojó á los profundos calabozos del infierno. Y por aquel breve tiempo que Cristo prosiguió esta jornada, ningún demonio quedó sobre la tierra, sino que todos cayeron al profundo con grande rabia y terror. Desde entonces sospecharon que el Mesías estaba ya en el mundo con más certeza que hasta allí habían tenido, y luego confirieron entre sí este recelo, como diré en el capítulo siguiente.

Prosiguió el Salvador del mundo su triunfo hasta entrar en Jerusalén; y los Santos Angeles, que lo miraban y acompañaban, le cantaron nuevos himnos de lores y divinidad con admirable armonía.

Entrando en la ciudad con júbilo de todos los moradores, se apeó del jumentillo, y encaminó sus pasos hermosos y graves al templo, donde con admiración de todos sucedió lo que refieren los Evangelistas de las maravillas que allí obró. Derribó las masas de los que vendían y compraban en el templo, celando la honra de la casa de su Padre; y echó fuera á los

que la hacían casa de negociación y cueva de ladrones.

Pero al punto que cesó el triunfo, suspendió la diestra del Señor el influjo que daba á los corazones de aquellos moradores de Jerusalén. Aunque los justos quedaron mejorados y muchos justificados, otros se volvieron al estado de sus vicios y malos hábitos y ejercicios imperfectos; porque no se aprovecharon de la luz ni de las inspiraciones que les envió la disposición divina. Y aunque tantos habian aclamado y reconocido á Cristo Nuestro Señor por Rey de Jerusalén, no hubo quien le hospedase ni recibiese en su casa.

Estuvo Su Magestad en el templo enseñando y predicando hasta la tarde. Y en confirmación de la veneración y culto que se le había de dar á aquel lugar santo y casa de oración, no consintió que le trajesen un vaso de agua para beber; y sin recibir este ni otro refrigerio, volvió aquella tarde á Betania, de donde había venido, y después los días siguientes hasta su pasión volvió á Jerusalén.

La divina Madre y señora, María Santísima, estuvo aquel día en Betania, retirada á solas, para ver desde allí con una particular visión, todo lo que sucedía en el admirable triunfo de su Hijo y Maestro. Vió lo que hacían los espíritus soberanos en el cielo, los hombres en la tierra, y lo que sucedió á los demonios en el infierno; y como el Eterno Padre, en todas estas maravillas ejecutaba y cumplía las promesas, que antes había hecho á su Unigénito humanado, dándole la posesión del imperio y dominio de todos sus enemigos.

Vió también cuanto hizo Nuestro Salvador en esta ocasión y en el templo. Entendió aquella voz del Padre que descendió del cielo en presencia de los circunstantes; y respondiendo á Cristo Nuestro Salvador, le dijo: *Yo te clarifiqué, y otra vez te clarificaré.* Donde dió á entender que, á más de la gloria y triunfo que el Padre había dado al Verbo humanado aquel día y en los demás que se han referido, le clarificaría y ensalzaria en lo futuro después de su muerte, porque todo lo comprenden las palabras del eterno Padre; y así lo entendió y penetró su beatísima Madre, con admirable júbilo de su espíritu purísimo.

## El beso de Judas.

De Getsemani en el huerto  
Oraba el dulce *Mesías*,  
Sus discípulos mas caros  
Cerca del huerto dormían.

Tres veces El los exhorta  
A la oración y vigilia;  
Que el instante de la muerte  
Sin rumores se avecina.

Y torna á orar, y sediento  
Apura cáliz de acíbar,  
Sudor de sangre manando  
De su frente alabastrina.

Mas... ¿qué ruido de aceros  
De repente se aproxima  
Al lugar donde ora *Cristo*  
Por la humanidad maldita?

¿Qué tropa es esa que viene?  
¿Qué tropa es esa que pisa  
Las arenas del camino,  
En sangre del justo tintas?

¿Quién interrumpe la calma  
De la plegaria divina,  
Estremeciendo de espanto  
Las enramadas umbrías?  
¡Ay! ¡eres tú, Judas fiero!  
¡Ay! ¡eres tú, furia altiva  
Del averno levantada  
Por torcedor de tí misma!  
¡Ya vas! ¡ya vas! y en la rosa,  
En la bella flor purísima  
De la faz del Nazareno  
¡Beso esculpes de ignominia!  
Y, "¡Salve, Maestro", dices,  
Y, "Salve, Maestro", gritas,  
Para que todos entiendan  
Que es aquel Angel la víctima!...  
Por treinta piezas de plata  
Has entregado al Mesías;  
¡Treinta mil siglos de horrores  
Sobre tu memoria vivan!

EDUARDO PATO Y MARTINEZ.

## Vestiduras de Jesucristo.

Era costumbre entre los Romanos, que los vestidos del ajusticiado se repartiesen entre los que habían sido encargados de quitarle la vida. Es por esto que aquellos ministros de crueldad, acercándose tranquilamente al pie de la cruz, después de haber crucificado al Salvador, se apoderan de sus vestiduras á vista de él, y hacen de ellas cuatro partes, una para cada soldado. Mas cuando tratan de partir la túnica de Jesús, ó el vestido interior que tocaba á su carne divina, viéndola sin cortadura y de una sola pieza, no quieren cortarla; la juegan para que decida la suerte quien ha de ser su poseedor, cumpliendo así á la letra, sin saberlo, esta profecía clara de David: *Ellos dividieron entre sí mis vestiduras, y sobre mi túnica echaron suerte.*

Las vestiduras sagradas de Jesús fueron la figura de su Iglesia; porque así como el cuerpo está envuelto y encerrado en los vestidos, así también el cuerpo de Jesucristo con su espíritu se encuentra encerrado en su Iglesia, y así como los vestidos caen á tierra sinó los sostiene el mismo que los lleva, así la Iglesia, dice S. Agustín, se sostiene por Jesucristo. La Iglesia es una; ella es al mismo tiempo universal y se extiende á los cuatro puntos cardinales del mundo; por consiguiente las vestiduras, de que los soldados hicieron cuatro partes, representaron, dice San Agustín, la universalidad de la Iglesia, y la túnica sin cortadura figuró la unidad, producida por los lazos de una misma caridad.

¡Cuán encantadora es la descripción que nos hace S. Juan de esta preciosa túnica del Salvador, obra admirable de las castas manos de la Virgen María! Él nos dice que no estaba formada de diferentes partes, de tal modo que separándolas quedase cada una de ellas entera; nos dice que era sin costura y de un solo tejido, de un solo hilo, que entretejido bajo cierta combinación por una misma mano desde arriba hasta abajo, figuraba el cuerpo con todas sus proporciones, y que por consiguiente toda ella era una obra sencilla, igual y uniforme; que nada había en ella extraño ó accesorio; *Erat tunica inconsutilis, desuper contexta per totum.*

¡Imágen fiel y admirable de la Iglesia! Una sola mano divina la formó con un solo designio y con un solo espíritu. Desde su origen hasta el fin no se encuentra en ella división alguna, sinó una serie suce-

siva y continua de pastores, -que se remonta, como un solo tejido, hasta Jesucristo y termina en el último cristiano, siempre la misma. Desde arriba hasta abajo, todo se une en ella y se sostiene. Las innovaciones no se toleran en ella; en todos y para todos hay la misma fé, la misma moral y el mismo culto. No puede romperse un solo hilo, sin poner en peligro toda la obra. Los herejes y los cismáticos que la niegan y la abandonan, no hacen otra cosa que separarse de esta unidad y renunciar á ella; pero no pueden alterarla. La Iglesia es siempre una, siempre la misma. Tantas naciones como se han separado de ella no han dejado en ella señal alguna de división; su forma divina y sus proporciones son ahora lo que han sido siempre, y su unidad permanece siempre intacta. Lo repito, los disidentes se privan del principio de vida que reside en ella; mas no pueden destruir su unidad, ni comprometer su duración: *Erat tunica inconsutilis, desuper contexta per totum.*

¡Observemos también, que los soldados que se reparten las vestiduras del Salvador son romanos, es decir, gentiles. Los judíos no entran en parte con ellos; no conociendo el valor de estas vestiduras, ni del que las llevaba, las abandonaron á los extranjeros que, como representantes del Gentilismo, tomaron posesión de ellas. Por esta razón la Iglesia de Jesucristo, figurada en sus vestiduras, se hace desde este momento el rico despojo, el patrimonio de los Gentiles, de los Romanos. Los Judíos son excluidos de ella, quedan privados de ella, porque habiendo negado á su Padre, han perdido todo el derecho á su herencia.

Los cuatro soldados, colocados hacia los cuatro puntos cardinales de la tierra, hacen cuatro partes de las vestiduras del Señor, una para cada uno; y esta división significa, que los Gentiles de los cuatro ángulos del mundo deben tener parte en la Iglesia. Sin embargo ellos no dividen la túnica, sino que dejan á la suerte que decida á quien de ellos debe pertenecer; esto se significa, dice San Agustín, que las naciones no pertenecerán á la Iglesia sino por una gracia que, á los ojos de los hombres, parece un efecto de la suerte, pero que realmente Dios es quien la prepara y la dispensa en el libre ejercicio de su soberanía; porque no es llamado el hombre á la fé en virtud de sus méritos personales, sino por una disposición secreta de los juicios de Dios. Por eso dice la Escritura, que la suerte del hombre es arrojada en la urna por la mano del hombre, pero que la mano de Dios es la que prepara á cada uno la suya.

Y nosotros los católicos, guardémoslos también de desgarrar esta túnica divina, sembrando la desconfianza y la discordia entre la cabeza y los miembros, entre el padre y los hijos, entre el pastor y las ovejas; ó bien separando la fé de las obras, y los dogmas de los preceptos; ó últimamente, perteneciendo á la Iglesia solo exteriormente, y viviendo separados de ella por el desarreglo de nuestras costumbres: *Non scindamus eam.* Trabajemos de concierto para apropiárnosla como el patrimonio particular de cada uno de nosotros, por la santidad de nuestras obras y el ejemplo de nuestra vida, y abracémosla con todo el valor de nuestra profesión, y todo el ardor de nuestro celo: *Sed sortiamur de illa cujus sit.*

P. VENTURA.

## A Cristo crucificado.

¡Por mi, en tu sangre teñido!  
¡Por mí, amor te desnudó!  
¿Y cómo he correspondido?..

¡Desnudo tú-del vestido,  
Y de buenas obras yo!  
¿Qué fué de la vestidura,  
De la gracia y la inocencia...  
¿Qué fué de aquella blancura,  
Con que plugo á tu ternura  
Embellar mi existencia?...  
¿Qué dirá el día tremendo  
Mi labio, trémulo y mudo,  
Tu voz, que me llama, oyendo?...  
¿Qué haré, como Adán, huyendo  
Avergonzado y desnudo?  
A un árbol se refugió,  
De dolor el alma herida;  
Así tu amor lo ordenó:  
El que en un árbol murió,  
Buscó en un árbol la vida.  
Provocando tu venganza  
Mis culpas, Dios mio... luz!...  
La estoy viendo en lontananza,  
¿Otro árbol es mi esperanza?  
¿Es el árbol de la Cruz!  
Para ese día, Señor,  
Apelo al Padre del Juez,  
De la justicia al amor...  
¿Cubra el tuyo mi rubor...  
La tuya mi desnudez!...  
¿Por las nuevas amarguras  
Que en el alma te dolieron,  
Desata las ligaduras,  
Arranca las vestiduras  
Que mis pecados tejieron!  
¿Borrada en mí encontrarás  
Tu imagen; ¿Tú me la diste!..  
¿Tú... mis obras borrarás...  
Y la obra tuya verás  
Que á tu semejanza hiciste!  
¿Desde hoy, de tu Cruz en pos,  
A razándola por Tí;  
Cual hiedra al olmo los dos,  
Me vestiré de mi Dios,  
Desnudándome de mí!  
¿Con las cruces abrazada,  
Nuestras haciendo tus penas,  
Seguiremos tus pisadas  
Que estan teñidas, regadas,  
Con la sangre de tus venas!  
Viva imagen del dolor,  
A morir; muerte cruel!  
Va por el siervo el Señor...  
¿A morir por nuestro amor!...  
¿Vamos á morir con El!

Z....

## La Crucifixión.

Al llegar Jesucristo al Calvario, cargado con la cruz para ser crucificado en ella, no necesita de que le hagan violencia; obligado tan solo por su obediencia á su Eterno Padre, y por su amor á los hombres, se inclina hácia la tierra, y él mismo se coloca, con las espaldas todas desgarradas y sangrientas, sobre el madero tosco de la cruz; él estiene sus brazos y sus manos, y presenta sus piés para que sean atravesados por duros clavos.

¿O espectáculo horrible! El verdugo fija en medio de la palma de la mano un clavo enorme, sobre el cual hace retumbar un pesado martillo, y no cesa de dar fuertes golpes hasta que atraviesa de parte á parte la mano y el madero.

¿Quién podrá imaginar las convulsiones y los dolores, que debió experimentar aquella humanidad de-

licada en este destroz de las carnes, en esta rotura violenta de los nervios, de los músculos, de las venas y de las arterias que se unen en esta parte del cuerpo?

La otra mano es sometida al mismo suplicio; mas no pudiendo estenderse hasta llegar al barreno que habían hecho en el otro brazo de la cruz, á causa de la contracción de los músculos producida por el destroz de la primera, los verdugos tiran de ella violentamente con cuerdas.

El mismo tormento le hacen sufrir en sus sagrados piés; de modo que al dolor que sufre por la crucifixión se junta el que le causa la dislocación de los huesos; y como dice S. Dionisio el Cartujo, esta violenta tensión de todos sus miembros hizo aparecer al través de su piel las protuberancias y las junturas de sus huesos descoyuntados. Así se cumplió literalmente la profecía de David: "Ellos taladraron mis manos y mis piés, y contaron todos mis huesos."

En seguida vuelven la cruz, para remachar los clavos; pisan y estrujan su sagrado cuerpo, y del racimo escogido de las viñas de Chipre, mana por todas partes el licor misterioso de su sangre divina.

¿O destroz horrible de estas manos inocentes que, después de haber criado el sol y la luz, han curado las enfermedades y resucitado los muertos! ¿O tormento atroz, ejecutado en estos sagrados piés que, después de haber hollado las esferas, se han dirigido muchas veces en busca de los pecadores!

Mas esto no debe sorprendernos; el profeta Zacarías había dicho: *En aquel día habrá un largo gemido en Jerusalén, y se le preguntará: ¿Qué llagas son esas, Señor, en medio de vuestras manos? y él responderá: Estas llagas las he recibido en mi misma casa, de mano de aquellos que debían amarme.* Así pues, observa el abad Ruperto sobre estas palabras proféticas, si vosotros preguntais con Zacarías por qué el Señor tiene las manos y los piés tan cruelmente taladrados, yo os responderé que estas heridas son y serán siempre testimonios y pruebas sensibles é indestructibles de la bondad y del precepto del Padre Eterno, y de la obediencia y del amor de su divino Hijo, que tanto se han interesado en nuestra redención.

En efecto, dice S. Agustín, Adán y Eva pecaron estendiendo sus manos rebeldes al árbol prohibido; y para expiar este crimen, estendió Jesucristo sus manos inocentes para que fuesen clavadas en el árbol de la cruz.

Mas al satisfacer el Señor por el pecado del padre, ha satisfecho también por los pecados de los hijos. Por el mérito de los dolores que sintió cuando taladraron con los clavos sus sagrados piés, nos alcanzó á todos anticipadamente el perdón de la audacia, con que hemos abandonado tantas veces los caminos de los divinos preceptos, para caminar por los senderos de la iniquidad; nos ha preparado el título con que, después de nuestros largos extravíos, somos llamados por la voz de la gracia á volver al Señor, á quien hemos abandonado cobardemente. Jesucristo es aquí para nosotros el pastor amoroso que, no contento con haber recorrido una vez la inmensa distancia que separaba al hombre de Dios, y haber llegado hasta los confines de la creación para encontrar la centésima oveja, ó la humanidad entera extraviada, viene ahora en busca de nuestra pobre alma, para cargarla sobre sus espaldas y volverla al redil de la salvación eterna, atravesando con este objeto los montes y los valles, las rocas y los precipicios, es decir pasando sobre las alturas de nuestro orgullo, y las profundidades de nuestra corrupción, las rocas de nuestro endurecimiento y las espinas de nuestra ingratitude.

Es muy cierto, ó dulce Jesús mío, que yo miserable pecador, he caminado sin otra guía que la necia vanidad de mis pensamientos y las ilusiones de mi corazón, por los senderos de los extravíos afectados, y de los errores voluntarios. ¡Ah! por el mérito de las llagas de vuestros sagrados piés afirmad los míos de tal modo que, sin temor de caer, principie á seguir vuestros caminos; en adelante no quiero caminar, sinó por la senda de vuestros divinos preceptos. ¡Ah! haced que una vez entrado en este camino, no le abandone jamás.

Por el mérito de los dolores, que experimentó Jesucristo en sus manos atravesadas, satisfizo igualmente por nosotros, y nos alcanzó anticipadamente la gracia de que nuestras manos, manchadas frecuentemente con la sangre de los pobres, fuesen lavadas con su sangre.

Él cumplió igualmente este vaticinio de Isaías: Yo os he escrito en mis manos: *Ecce in manibus meis descripsi te*; porque en efecto, por el mérito de sus manos traspasadas ha escrito, no en el papel, sinó en la carne misma de sus divinas manos; no con la pluma, sinó con los clavos; no con tinta, sinó con sangre, los títulos de nuestra confianza, de nuestro perdón y del auxilio celestial que nos viene de la montaña: *In montes, unde veniet auxilium mihi*.

¡O Salvador mío! os diré yo también con vuestro siervo Agustín, dignaos tener siempre los ojos fijos en vuestras llagas; dignaos leer continuamente en ellas lo que vos mismo habéis escrito, el derecho que yo tengo á vuestra misericordia y á vuestra bondad; y en virtud de esta escritura auténtica, de este contrato de amor, salvad mi alma.

¡Mas ay! sobre esas mismas manos, está escrita también nuestra suerte de otro modo muy diferente. Mientras vivimos, esas manos traspasadas serán para nosotros las de un Salvador compasivo; después de nuestra muerte, serán las de un juez severo, que usará de ellas para dar á cada uno según sus obras, según hayamos usado ó nos hayamos aprovechado en la vida, del mérito de sus llagas. En el juicio particular, juicio terrible que todos hemos de sufrir, si su mano derecha salva, su izquierda condena; si su diestra abre el cielo, su siniestra dilata los abismos del infierno; si la una bendice y corona al justo, la otra maldice y reprueba al pecador.

¡O Señor! no hagáis uso para con nosotros de vuestra mano izquierda, instrumento de vuestras venganzas, sinó servíos de vuestra mano derecha, ministro de vuestras misericordias; ocultad esa mano de justicia que nos causa tanto terror, y que ignora la caridad de que quiere usar la otra con nosotros; *Nesciat sinistra tua quid facit dextera tua*. Acordáos Señor, de que hemos salido de vuestras manos; no abandonéis la obra de vuestro poder y de vuestro amor. Vos nos habéis protegido hasta ahora á la sombra del escudo de vuestra ternura, y vuestra diestra misericordiosa nos ha salvado de los castigos que habíamos merecido de vuestra justicia. ¡Ah! oíd nuestras súplicas y manifestad el poder de vuestra diestra para salvarnos; estendedla desde ahora sobre todos nosotros para arrancarnos de nuestros vicios, á fin de que podamos elevarnos un día hasta vos, ser estrechados contra vuestro corazón y tributaros gracias, al vernos salvos por vuestra diestra.

*Conferencias sobre la Pasión.*



## Las siete palabras y María al pié de la Cruz.

Al cielo ofreciendo del mundo el rescate,  
Con clavos sujetas las manos divinas,  
Ciñendo sus sienes corona de espinas,  
Se ostenta en los brazos del leño Jesús.

A diestra y siniestra dos viles ladrones  
Reciben la pena que al crimen se debe;  
Mas solo en el Justo se enseña la plebe,  
¡Y está allí la Madre al pié de la Cruz!

La túnica sacra con grita sortean

En frente al suplicio los fieros sayones,  
Y el pueblo inconstante con torpes baldones  
Denuesta al que ha sido su gloria y salud.

Ya nadie recuerda sus hechos pasmosos,  
Del bien—que hizo á todos—cada uno se olvida,  
Celebran su muerte, calumnian su vida...  
¡Y está allí la Madre al pié de la Cruz!

“Si Dios es tu Padre—por mofa le dicen—  
Desciende, y entonces tendrémos creencia”  
Los oye el Cordero con santa paciencia,  
Y ya de sus ojos nublada la luz,

Los alza clamando:—¡Perdónalos, Padre!  
*Lo que hacen ignoran, perdónalos pio.*—  
Con roncadas blasfemias responde el gentío,  
¡Y está allí la Madre al pié de la Cruz!

*Sed tengo*—murmura la Víctima augusta;  
Vinagre mezclado con hiel le presentan...  
Sus labios divinos la esponja ensangrientan,  
Y rie y se goza la vil multitud.

En tanto del Mártir se hiel a la sangre  
Cubriendo su frente con nublados espesos...  
Le tiemblan las carnes, le erujen los huesos...  
¡Y está allí la Madre al pié de la Cruz!

—¡Mujer, ve tu hijo!—le dice, y señala  
En Juan á la prole de Adán delincuente;  
—¡Ahí tienes, hombre, tu Madre clemente!—  
Mirando al Apóstol añade Jesús.

Tal es el legado que alcanzan los mismos  
Que son de su muerte causantes insanos:  
Les da para el cielo derechos de hermanos...  
¡Y está allí la Madre al pié de la Cruz!

Mirando del Cristo la suma clemencia,  
Aquel que á su diestra comparte el suplicio,  
Conmuévase el alma, que el gran sacrificio  
Ya en él ejercita su inmensa virtud:

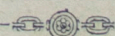
—“De mí no te olvides—le dice—en tu reino.”  
Jesús premia al punto su fé meritoria;  
—*Conmigo*—responde—*serás en la gloria...*—  
¡Y está allí la Madre al pié de la Cruz!

Mas ¡ay! ya el instante se acerca supremo:  
Ya el pecho amoroso con pena respira:  
Inclínase el rostro que el Ángel admira,  
Y eleva la muerte su fiera segur.

—¡Oh Padre divino! ¿Por qué me abandonas?—  
La voz espirante pronuncia despacio;  
Su queja doliente devora el espacio...  
¡Y está allí la Madre al pié de la Cruz!

—¡Todo es consumado! *Mi espíritu ¡oh Padre!*  
*Recibe en tus manos*—clamó el moribundo.  
Retiemblan de pronto los ejes del mundo,  
Los cielos se cubren de oscuro capuz,  
Se parten las piedras, las tumbas se abren,  
Sangriento un cadáver se ve suspendido...  
¡De Adán el linaje ya está redimido!  
¡Y aun queda la Madre al pié de la Cruz!

*Gertrudis Gómez de Avellaneda.*



## Desnudez de Cristo en la Cruz.

Apenas Adán y Eva consumaron su pecado con su desobediencia, cuando se avergonzaron y se ruborizaron de verse desnudos; y habiendo entretendido varias hojas de higuera, se hicieron unos como cintos, con las cuales se cubrieron.

¡Inútil artificio! Las hojas del árbol fatal que les había quitado la vida, no podían encubrir su desnudez. Apesar de este tejido fragil, que les estorbaba sin cubrirles, que les molestaba sin defenderles, no cesaban de ruborizarse de si mismos á sus propios ojos y á los ojos de Dios. Así es que, como dice la Escritura, corren á ocultarse en la espesura del bosque, debajo de un árbol, procurando formarse un asilo con su ramaje.

Pues bien, á este mismo árbol va á buscarles el Señor; y allí es donde, después de hecharles en cara su pecado y de pronunciar su sentencia, les revela el profundo misterio del Salvador que debía un día rescatarles. Compadecido de su desnudez y de su sonrojo, hace inmolar dos corderos, formaron sus pieles dos túnicas ó vestidos fuertes y durables, y lleno de amor se los pone con sus propias manos.

¡Pero que! ¿No estaba Adán desnudo antes de pecar? ¿Porque no se avergonzó de verse en aquel estado, sino después de su culpa?

¡Ah! porque la desnudez de su cuerpo era la figura de la horrible desnudez de su alma; porque por el pecado había perdido la vestidura blanca de la inocencia, de la gracia y de la justicia original; porque el desorden y los movimientos de la concupiscencia rebelde que comenzó entonces á experimentar en su carne, fueron el indicio y el efecto del desorden y turbación de las pasiones, que comenzó á sentir en su corazón.

No fué pues un arrebató de estupidez ó de delirio, dice Orígenes, sino un instinto misterioso y profético, lo que hizo correr á Adán para buscar en el pié del árbol un asilo, una defensa contra las miradas y contra la cólera de Dios. ¡El presentía ya que el hombre pecador no encontraría refugio ni vestido, sino al pié del árbol sagrado de la cruz!

Por esta misma razón, al vestir Dios con la piel del cordero á Adán escondido en el árbol, revela desde ese momento un profundo misterio, y nos enseña que los hombres pecadores se vestirán un día al pié del árbol de la cruz, con las vestiduras del Cordero divino y con la gracia de Jesucristo.

Esta admirable profecía se cumple en el Calvario.

Debiendo el Redentor satisfacer por los pecados del hombre y reproducir en sí mismo sus diversos estados, debió tomar también la desnudez y la vergüenza de Adán después del pecado. Mas como la inocencia y la gracia eran inseparables en Él, que es la santidad por esencia, y como no podía tomar la desnudez interior del alma, ni la vergüenza del espíritu de Adán depojado de la gracia, tomó la desnudez exterior y la vergüenza que Adán experimentó cuando se apercibió de su desnudez corporal.

¡Oh espectáculo digno de compasión! A escepción de un velo, que la piedad de su Madre santísima le dió por respeto al pudor, el Hijo de Dios que tiene la luz por vestido, que cubre al cielo de nubes, á las aves de plumas y á la superficie de la tierra de plantas y de flores, quiso ser crucificado desnudo y elevado así en la cumbre del Calvario, expuesto así á las miradas insolentes de todo un pueblo. Y por el mérito de esta desnudez humillante á su sagrada

persona, de este sonrojo sensible á su corazón, nos alcanzó á todos, dice San Pablo, la gracia de vestirnos de él mismo y de adornarnos, como con una vestidura preciosa, con la gracia santificante que hemos recibido en el bautismo. " *Todos los que estais bautizados, os habeis vestido de Cristo.* "

¡Ay! ¿en que ha venido á parar para muchos cristianos esta vestidura preciosa de la gracia, esta rica herencia que nos ha dejado al pié de la cruz nuestro tierno padre? ¡Desgraciados pecadores! al abandonarnos á los vicios, la hemos jugado á la suerte, la hemos desgarrado, la hemos perdido...

Entremos dentro de nosotros mismos; busquemos con empeño la vestidura preciosa de la gracia que hemos perdido; trabajemos por vestirnos de Jesucristo. Pero recordemos que sólo al pié de la cruz, puede encontrarse esta vestidura. Sólo allí, es donde la Iglesia universal se viste con los adornos de su santificación y de su gloria, como solo al pié del árbol se cubrió Adán con sus vestidos. Allí es donde debemos recurrir y donde debemos buscar todos la gracia, que ha de vestir y adornar nuestras almas.

Arrojémonos, pues, á los piés de Jesús desnudo en la Cruz, de quien proceden todos los méritos; fijemos en Él nuestras miradas y mas aún, en nuestro corazón.

Acerquémonos al sacramento de la expiación, que recibe de la cruz todo su poder; despojémonos del *hombre viejo*, á fin de que pnedá Jesucristo vestirnos del *hombre nuevo*, borrar nuestros pecados y adornarnos con su gracia.

Cubiertos entónces como Jacob con los despojos de Cordero divino, adornados con los vestidos del primogénito, imitando su carne y representando su persona, podemos presentarnos con confianza al verdadero Izaak, para obtener la bendición especial de Jesucristo, que nos abrirá las puertas del cielo y nos pondrá en posesión del reino eterno.

P. VENTURA.

## La Cruz.

Yo te saludo, ¡oh Cruz, sagrado leño,  
Por la divina sangre humedecido;  
De oprobio y mengua ayer signó execrando,  
Eres hoy de salud fuente perenne.

De la feliz edad abres el curso  
Y cierras tú los siglos de barbarie;  
Astro hermoso de vivos resplandores,  
Separas una de otra ambas edades.

Al desgraciado das presto socorro;  
Domeñas del altivo la soberbia,  
Y alcanzan todos abundantes dones.  
De bienestar á tu calor y amparo.

Domine al mundo tan glorioso signo;  
Hasta en las mas remotas playas luzca;  
Y del Señor las leyes reverendas  
Las gentes todas de la tierra acaten.

A. GALAN Y DOMINGUEZ.

## LA VIRGEN DE LA PIEDAD.

Al último reflejo funerario  
Del gran día con lágrimas marcado,  
Se descubre un cadalzo ensangrentado  
Sobre las pardas rocas del Calvario.

Allí, al pié del patíbulo tremendo,  
Jime una hermosa joven israelita;  
Y es la doncella del Señor bendita,  
De cruel congoja y de dolor muriendo.

No hay dolor comparable á su dolor,  
No hay pesar que se iguale á su pesar.  
De acerbas agonías es un mar  
La inmaculada Madre del Criador!

Tiene en sus brazos el cadáver santo  
Del Soberano Salvador del mundo,  
Besa su frente con amor profundo  
Y sus heridas laba con su llanto.

Y por las sienes del Señor sagradas  
Pasa la mano con dulzura tierna,  
Y le acaricia en su piedad materna,  
Y las espinas tócale clavadas!

Tiembla la Santa Virgen bendecida,  
Y al desprender cada punzante espina,  
Con esa mano maternal divina,  
Besa llorando al Hijo de su vida!

Recuerda el tiempo en que, cuando era niño,  
Ella peinaba su cabello hermoso,  
Y contemplaba su mirar radioso,  
Ay! y gozaba su infantil cariño.

Y en la belleza del Mesías piensa,  
Belleza tanta que jamás se viera,  
Y al gran Señor de la celeste esfera.  
Contempla ahora en su amargura inmensa.

Cual un leproso, le ha dejado el hombre,  
De la cabeza á la divina planta:  
Es una llaga cárdena que espanta,  
Es un destrozo de crueldad sin nombre!

Mas ¡oh bondad! en su dolor materno,  
¿Qué hace la limpia, virginal María?  
La sangre ofrece, ofrece la agonía,  
Y á su Hijo muerto, ofrécele al Eterno!

Y el perdón y salvación del mundo  
Pide por esa víctima preciosa.  
¡Bendita seas, Madre Dolorosa,  
Eres bendita en tu dolor profundo!

JESUS LAPARRA.

### Oficios solemnes

DE LA SEMANA SANTA EN ESTA CAPITAL.

**Domingo de Ramos.**—A las seis de la mañana, se celebran los sagrados oficios en las dos parroquias

urbanas. En la de la Merced, la procesión sale de la iglesia filial de Remedios; y en la del Calvario la procesión sale de Candelaria.

A las ocho y media, comienzan los oficios de la Catedral, cuya procesión viene de la iglesia de San José.

Tanto en la Catedral como en ambas parroquias, se predicará por la tarde á la hora acostumbrada.

**Martes Santo.**—En la Catedral, á las cinco de la tarde se hace la procesión de San Pedro por las naves de la iglesia, con asistencia del Cabildo Eclesiástico y del Seminario: sigue el sermón, que será predicado por el señor Canónigo de Gracia, y se termina con el canto del *Miserere*.

**Miércoles Santo.**—Se celebra la solemne función de Jesús Nazareno en la parroquia de la Merced: por la mañana, se canta la misa solemne á las ocho; y por la tarde hay sermón y procesión con la sagrada imagen por las calles de la ciudad.

**Jueves Santo.**—Se comienzan los oficios solemnes de la Catedral á las ocho y media de la mañana; y los de la Merced, San José, el Calvario, Concepción y Candelaria á las seis y media de la mañana.

La consagración de los Santos Oleos tendrá lugar, conforme al Pontifical, entre las solemnidades de los oficios de este día. El Ilustrísimo Señor Obispo, asistido por Cabildo Eclesiástico y acompañado de todo el Clero residente y del Seminario, la hará en la Catedral con todas las seremonias prescritas.

A las dos de la tarde, tiene lugar el *Mandato* en la Catedral, cuyo sermón predicará el Ilustrísimo señor Obispo. A la misma hora se celebra en las otras iglesias, en las que también hay sermón.

Desde la conclusión de los oficios, comienzan las estaciones ó visitas á los monumentos, que deben hacerse con el mayor recogimiento, pues recuerdan la sepultura del Divino Redentor.

La estación que hace el Cabildo y el Clero tiene lugar á las cinco de la tarde.

A las nueve de la noche concluyen todas, pues á esa hora deben cerrarse todos los templos.

**El Viernes Santo** se celebran los oficios, en las mismas iglesias y á las mismas horas que el día anterior.

A las once de la mañana hay sermón en la iglesia de San Esteban, después del cual sale la procesión de Jesús con la cruz, que llega hasta el Calvario. En toda su carrera, que es la *calle de la amargura*, se va rezando y haciendo las estaciones del *Via-Crucis*.

Poco tiempo después de haber llegado la procesión al Calvario, tiene lugar el sermón del descendimiento y después la procesión del *Santo Entierro*.

A las dos de la tarde, el señor Canónigo Penitenciario predicará en la Catedral el *sermón de pasión*, con asistencia del Cabildo y del Colegio Seminario. Después del cual se canta el *Vexila* y se comienza el coro.

Cuando la procesión del Sto. Entierro ha regresado ya al Calvario, comienza la de la Santísima Virgen de Soledad que viene á la Catedral, donde predicará el Sr. Canónigo Tesorero y se cantará el *Stabat Mater*.

**El Sábado Santo** los oficios comienzan tanto en la Catedral como en las parroquias á las seis de la mañana: por la tarde se hacen en dichas iglesias el *pésame* á la Santísima Virgen, con sermón, oraciones y cantos apropiados.

IMP. DEL COMETA, CALLE DEL COMERCIO, N. 28.